

## El equilibrio informativo: primer paso hacia una auténtica cooperación mundial

Antonio Javier Corredor Jiménez  
*Dirección: Pastora Moreno Espinosa*

Si decimos que esa enorme porción del planeta, que habitualmente definimos bajo el nombre genérico de Tercer Mundo se hunde bajo el peso de un cúmulo de adversidades aparentemente sin fin, no estamos desde luego, descubriendo nada nuevo.

Y el caso es que en teoría, las cosas deberían ir cuando menos, mejorando algo. Hasta hace bien poco, la comunidad internacional se dividía en dos grandes bloques contrapuestos: el occidental y el comunista, enemigos irreconciliables que pugnaron desde 1945 en la llamada «Guerra Fría», arrastrando en la dinámica del conflicto a una serie de países subdesarrollados o en fase de desarrollo. Hoy, dentro de un nuevo contexto histórico, continentes enteros como África, Iberoamérica, o Asia (si exceptuamos en éste último casos como el de Japón), continúan sin poder salir de esa situación de dependencia que han padecido durante la fase anterior.

En este sentido, el papel de los medios de comunicación como vehículos de conservación del «status quo» establecido, es algo que hay que destacar al máximo nivel, porque si el Norte se beneficia del Sur en todo lo posible, en esa mercancía que es la información su dominio es asfixiante.

### *Unidireccionalidad y control del mensaje*

Ya sea en Prensa escrita, en emisiones radiofónicas, y por supuesto en televisión, esa hegemonía a la que nos hemos referido, se deja sentir con fuerza. El mensaje que plasman los medios radicados en estas áreas preponderantes es siempre unidireccional, va desde el centro a la periferia, pero nunca al revés, de forma que se construyen imágenes que a veces son acertadas, y otras se quedan en la superficie de las cuestiones, corriendo con ello el riesgo de desfigurar el fondo.

Pero además, es en el Primer Mundo donde hallamos la constelación de nombres y siglas que integran el universo de la comunicación contemporánea. Si no fuera así, esa unidireccionalidad que acabamos de indicar no podría existir. Paralelamente, estas empresas periodísticas y de entretenimiento (puesto que lo uno y lo otro van ya indisolublemente unidos), responden a unas pautas y compromisos en relación a sus respectivos gobiernos y núcleos de poder, cosa que les lleva a conformar un discurso muy determinado.

No olvidemos, por supuesto, que el proceso de concentración de medios en unas pocas manos, ha favorecido la creación de grandes «monstruos» transnacionales, apare-

ciendo en escena grupos de comunicación cuya capacidad de influir nadie ignora ya, y que va unidad en ocasiones al nombre, el capital y los caprichos de una sola persona. Como muestra, podríamos poner los ejemplos de Ted Turner (creador de la CNN), y de Rupert Murdoch, cabeza visible de un impresionante imperio cuyas ramificaciones se extienden por doquier.

Partiendo de todo lo expuesto anteriormente, hemos de trasladarnos ahora al extremo opuesto, e intentar averiguar qué es lo que esperan las zonas subdesarrolladas dentro de la cuestión informativa. Uno de los numerosos teóricos que han abordado el problema apunta que en resumen, lo que parece desear el Tercer Mundo del periodismo occidental es esto: una especie de flujo de noticias «balanceado» dentro y fuera del Tercer Mundo; una cobertura periodística más cabal, incisiva y desprejuiciada; más énfasis en las noticias «buenas» o positivas del Tercer Mundo, incluido lo que ha llegado a denominarse noticias de «desarrollo»<sup>1</sup>.

Acerquémonos pues a estas peticiones. En la primera de ellas hemos de admitir que pese a que las tres cuartas partes de la población mundial vive en estos lugares desfavorecidos, lo cierto es que la mayoría de las noticias se refieren usualmente al Primer Mundo, que, como ya vimos, controla tanto el medio como la dirección del mensaje. Por otro lado, cuando se habla de una cobertura más cabal e incisiva, se está atacando claramente a todos esos estereotipos, a esa falta de una documentación mínima, que se observa incluso cuando medios extranjeros se ocupan de hechos noticiables acaecidos en España, que en ciertas redacciones sigue siendo vista bajo el prisma de lo tópico y lo típico. Pues bien, esto mismo sucede con razas y espacios geográficos enteros, sin que nos parezca extraño que se reincida en esas deformaciones, porque entre otras cosas, las tenemos ya plenamente asumidas y sirven para justificar que «las cosas son como son».

La última de las reivindicaciones del Tercer Mundo hacia el informador occidental, no resulta menos importante y va íntimamente emparejada con la segunda de ellas. Para los «mass media» el Sur sólo existe cuando una guerra, un golpe de Estado, una catástrofe natural, o cualquier otro suceso luctuoso le hace saltar por algún tiempo al primer plano de la actualidad, que vuelve a perder en cuanto todo regresa a su cauce, o cuando otra desgracia aún mayor que pase en otro lugar le resta interés a la anterior.

Unos cuantos nombres nos ilustran bastante bien sobre esto que decimos: quién se acuerda hoy de ese Haití que hace tres años hizo correr ríos de tinta; quién se ha preocupado realmente por solventar la explotación sexual de los niños en Tailandia, Méjico, Brasil, etc...; quién se ocupa ya de las violaciones de los Derechos Humanos en sitios como Irán o China, con los que gigantes como Estados Unidos o Alemania realizan pingües negocios. Pero también, y aquí estriba la tercera cuestión que estamos tratando, podemos ver que la literatura, el cine, el arte, o los avances de cualquier género que tienen su origen en los países pobres simplemente son «invisibles» para los medios de co-

---

<sup>1</sup> AAVV. *El poder de los medios en la política*, coordinado por Doris A. Greiber, Buenos Aires. Grupo Editor Latinoamericano, 1986, p. 410.

municación del Norte, que privan a sus receptores de la posibilidad de enriquecerse cultural e intelectualmente, dejando atrás clichés y convencionalismos.

Tenemos por tanto un problema: el desequilibrio informativo en el mundo; y tenemos a la vez un sinnúmero de problemas que golpean sin piedad enormes porciones del globo terráqueo: violencia, fanatismo religioso, racismo, depauperación imparable, etc. Evidentemente, los medios de comunicación occidentales no son los responsables del nacimiento de estos males, pero, como venimos defendiendo, la articulación informativa del Primer Mundo representa un elemento que está cimentando (por activa o por pasiva) esos problemas, que a su vez, tarde o temprano, acaban repercutiendo directamente en las naciones privilegiadas.

Para quien pueda dudar de esto que comentamos, vamos a recordar algunos datos. Empecemos con el Sida; la tristemente célebre «plaga del siglo XX» hacía tiempo que azotaba el corazón de África sin que nadie, al parecer, hubiera reparado en ella. Sólo cuando algunos personajes famosos contrajeron la enfermedad pudimos percatarnos de que un nuevo peligro nos acechaba a todos. Si los territorios desarrollados hubieran conocido su existencia antes, si la opinión pública internacional hubiese podido acceder a esta noticia en su momento justo, millones de vidas se habrían salvado. A uno y otro lado de la frontera de la prosperidad

Miremos ahora el tema de la inmigración. El derecho a una vida digna es algo que nadie osaría cuestionar en público, de forma que no tendríamos que poner barreras al trasiego de personas que buscan vivir mejor. Pero si alguien abandona su hogar, su familia, sus raíces en suma, es debido a que allá lejos hay persecuciones, conflictos, hambrunas cíclicas, cuando no permanentes. Si, allí el infierno es algo más que una alegoría, y por eso, miles de desterrados tratan de alcanzar nuestras costas, nuestras ciudades. Y vienen para trabajar en lo que nadie, absolutamente nadie, quiere trabajar en nuestra sociedad, al igual que le sucedió a tantos españoles en la Europa de las décadas pasadas.

Resultaría innecesario que ningún hombre o mujer se convirtieran en inmigrantes si su país marchara medianamente bien. Desaparecerían entonces las pateras del Estrecho, los centros de acogida donde llegan los desheredados buscando algo de calor, desaparecerían quienes trabajan a destajo porque no tienen los papeles, los dichosos papeles. Y no nos olvidemos de la xenofobia, porque siempre hay quien está interesado en azuzar el odio criminal contra otras gentes, incubando en mentalidades débiles toda su ponzoña, incluso con argumentos de apariencia científica. El racismo, que ayer se dirigía contra el recién llegado, termina haciendo caer en sus garras a todos los pueblos que no lo extirpan decididamente, y los paladines de la raza superior acaban sentándose (de momento «sólo» eso, pero todo se andará) en los Parlamentos democráticos: Le Pen en Francia, los fascistas del MSI en Italia, el neonazi Haider en Austria, o sus correligionarios Republikaner en Alemania.

En pocas palabras, la aldea global existe, nuestra casa está en Kigali, en Sarajevo, en Grozni, en todas esas ciudades y pueblos de los que no hemos oído, y probablemente nunca oiremos hablar en los telediarios, en los periódicos y en la radio.

En consecuencia, y si trasladamos la modificación situacional que proponemos a una escala meramente individual, podemos plasmar un esquema con cuatro elementos a considerar:

Conciencia--Información--Actitudes--Conducta

Conciencia individual, tanto del informado como del informador; conciencia de que las cosas deben cambiar, de que hay que corregir los errores. Información, que ilustre sobre cuáles son, dónde y por qué pasan estos errores que hemos señalado, para favorecer unas actitudes de cooperación, de propósito de enmienda, de desfacer entuertos, sin caer nunca en reacciones quijotescas, ni tampoco en el desánimo anulador de voluntades. Y conducta, que lleve a la práctica el nuevo horizonte que se busca conquistar.

*El marco informativo y los organismos internacionales de cooperación*

Pese a todo lo que hemos dicho hasta ahora, quedaría incompleta esta investigación si no tuviéramos en cuenta que la comunidad internacional dispone de una serie de foros, de organismos de cooperación, en cuyo seno puede alumbrarse el inicio de una nueva era que altere el actual marco informativo. Desde luego, sobresale por encima de todo la Organización de las Naciones Unidas, y en su órbita, la Unesco, que alumbró el ínclito Informe McBride, en el que se recalca la conveniencia de un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación, y que suscitó sonoros ecos que aún no se han apagado del todo.

Lógicamente, hay que subrayar varias cosas en este punto. La primera es que los organismos de cooperación no pueden nunca suplantarse la soberanía de los Estados, ni las leyes que rigen las actividades que se realizan a su amparo, y por tanto, nunca se podrá ir más allá del terreno de las recomendaciones, que a nada obligan ni a los Gobiernos ni a las empresas públicas o privadas. Igualmente, queremos recalcar que dichos organismos nunca han podido sustraerse a los vaivenes de la economía y la política mundial, ni a los golpes de timón que determinan ambas. Esto es así desde los tiempos de la Sociedad de Naciones hasta hoy mismo. El único y verdadero peso que han tenido estas entidades supranacionales es el del momento que les ha tocado vivir. Vaya esto por delante.

Pero tampoco seamos derrotistas, porque los obstáculos pueden salvarse como demuestra el Informe McBride, cuya importancia reside en el hecho de que los países del Tercer mundo consiguieron a finales de la década de los setenta la suficiente fuerza política para impulsar una comisión de investigación, encargada de estudiar los problemas relacionados con la circulación internacional de la comunicación de masas y de esta forma, hacer emerger una serie de temas que hasta ese momento no habían sido reconocidos por el conjunto de la comunidad internacional.<sup>2</sup>

Y si en los setenta, en plena tensión semi-bélica, los países pobres metieron baza en este campo tan decisivo, por qué no lo van a volver a hacer ahora que aquel peligro se ha superado. Tampoco ignoremos los organismos regionales como la Organización de Esta-

<sup>2</sup> AAVV. *La comunicación internacional*, Barcelona, Mitre, 1985, p. 38

dos Africanos, o su homónima americana, ni las iniciativas emanadas de los Gobiernos que a pesar de sus limitaciones materiales, cuentan con el entusiasmo y las ganas de hacer de su población. Traigamos a la memoria que esa misma Unesco que tan impotente ha sido a veces, ha podido articular elementos válidos de futuro, como el Programa de Información para el Desarrollo (PIDC), con el que se trató de hallar un punto de consenso para impulsar medidas de carácter práctico, que a su vez se tradujeron en varios proyectos de descentralización como la Agencia de Noticias Pan-Africana (PANA), la Red de Noticias para Asia, o la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales.

En pocas palabras, el monopolio que concentra la propiedad de los medios de comunicación en Occidente, y en manos de unos grupos cada vez más reducidos, así como el contenido, la profundidad, variedad y unidireccionalidad de las noticias que produce este monopolio, no tiene, ni mucho menos, los días contados. Todo lo contrario. Su permanencia está más que asegurada a corto y medio plazo. Pero nada es eterno, y la sociedad multicultural en que se transformado el mundo en que vivimos, no podrá permitirse que el mañana aparezca dibujado con los mismos tintes que hemos venido describiendo en estas páginas. Tan solo las protestas del hemisferio de los parias, son ya de por sí una brecha que irá agrandándose poco a poco en el muro del oligopolio.

Y también está, como no, la Democracia, el sistema político que permite que el contribuyente haga valer sus pensamientos mediante el asociacionismo, la acción personal y el contacto humano para el que todavía no se ha inventado límite capaz de frenarlo. Sí, no hay duda, la consecución del equilibrio informativo será el primer y más importante paso hacia una auténtica cooperación mundial.

### *Referencias bibliográficas*

- AAVV. *La comunicación internacional*. Barcelona. Mitre. 1985.
- AAVV. *Países y medios de comunicación*. Mitre. Barcelona, 1986.
- AAVV. *El poder de los medios en la política*. Coordinado por Doris A. Greiber. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1986.
- Casasús, José María. *Ideología y análisis de los medios de comunicación*. Barcelona, 1985.
- Macho, Inés; Pérez, David. *Introducción a la economía de la información*. Ariel Economía. Barcelona 1994.
- Murciano, Marcial. *Estructura y dinámica de la comunicación internacional*. Bosch. Barcelona, 1982.
- Zallo, Ramón. *El mercado de la cultura*. Tercera Prensa. San Sebastián, 1992.